

María Weber,—nació en 1786 en Eutin, murió en Londres en 1826,—dió,—«como hemos dicho,»—una expresión verdaderamente popular á las ideas levantadas por el romanticismo literario. Weber es ante todo el compositor verdaderamente alemán, en sus patrióticas canciones guerreras como en la música profundamente sentida que escribió para la comedia *Preciosa*, como en sus óperas *Freischütz*, *Euryanthe*, *Oberon*, tan notables por la abundancia de la melodía como por la riqueza de la instrumentación. En ese camino popular tuvo por imitadores á Coradino Kreutzer, *Una noche en Granada*, y á Alberto Lortzing, —1803-1851,—sin traspasar los límites de la ópera cómica,—*Tsar y Carpintero*, *Le Braconnier*, *Ondina*. El sucesor más directo de Weber fué Enrique Marschner.—1795-1862,—romántico en la elección de sus asuntos, lo mismo que en la manera de tratarlos; pero sus óperas de un color sombrío y de una ejecución difícil,—*El vampiro*, *Hans Keilng*, *El Templario* y *La Judía*, encontraron escaso eco en el pueblo. Meyerbeer, —1794-1864,—procuró y consiguió suplir la invención que á veces le faltaba por medio del refinamiento, el efecto musical ó no, y halagó el sensualismo de las masas con sus óperas mónstruas, *Roberto el Diablo*, *Los Hugonotes*, *El Profeta*, *La Africana*. En su oposición legítima contra Meyerbeer y contra los italianos que han encontrado hoy su Meyerbeer en Verdi, Ricardo Wagner que nació en Leipzig, en 1813, se esforzó en completar la reforma de Glück. Sus óperas *El barco fantasma*, *Tannhäuser*, *Lohengrin* y *Tristan é Isolda*, han abierto al arte dramático nuevas perspectivas, sobre las que el porvenir se ha de pronunciar.

»La música de cámara y de concierto ha tomado grandes vuelos en nuestra época, sobre todo, después de la muerte de Beethoven,—1827.—La influencia de Mozart, representada por Clementi,—1752-1832.—Hummel,—1788-1827,—Flessa, Romberg, Moscheles, Onslow ha encontrado su más alta expresión en Mendelsshon, mientras que Luis Spohr, que nació

en Brunswick en 1783 y falleció en Cassel en 1859, igualmente grande en la ópera,—*Fausto*, *Fessonda*,—en el oratorio,—*Los fines del hombre*,—en la sinfonía,—*Consagración de la música*,—y en todos los géneros de música de cámara, se colocaba al lado de Weber y de los compositores de oratorios, F. Schneider,—*El Juicio Final*,—y B. Klein,—*Sephte*.—Spohr adquirió también una gran reputación por su manera de tocar el violín, muy diferente de la gimnástica de Paganini. Félix Mendelsshon Bartholdy, nació en 1809 en Hamburgo y falleció en Leipzig en 1847, es uno de los más completos representantes de la civilización moderna. Aunque si se hubiese dado por completo á la música religiosa hubiese seguido los pasos de Haendel y de Bach en los oratorios de *San Pablo* y de *Elias*, en sus salmos y en sus motetes, por esto quedó siendo nuevo y original en sus composiciones del género romántico, tales como la *Walpurgisnacht* la música del *Sueño de una noche de verano*, de Shakespeare y las características sinfonías de *Ruy Blas* y de las *Hebridas*. El danés Niels Gade, nació en 1817, y Roberto Schumann, nació en 1810 en Zwickau y falleció en Emdenich, cerca de Bonn en 1856, se levantan entrambos por encima de sus imitadores propiamente dichos. Si las primeras grandes sinfonías de Schumann,—la primera sinfonía, el oratorio de concierto *Paradís y Peri*, etcétera, fueron concebidos bajo la influencia de Mendelsshon, se mostró más variado y más profundo que él en la canción. Tuvo, además, Schumann, el mérito de devolver, por su crítica y por sus composiciones, la vida y el gusto en el arte de tocar el piano, que los pianistas habían hecho degenerar en refinamiento; preparando así el camino á las inspiraciones de pianistas como Chopin, Henselt y otros.

Entre los compositores de renombre en la ópera, el oratorio y la sinfonía, es preciso citar todavía á Fr. Lachner, Lindpaintner, Glaeser, Reissiger, Nicolai, F. Hiller, C. Loewe, Kalliwoda, Berlioz, el célebre pianista Liszt, etc., etc.



CAPITULO V

LOS PUEBLOS DE EUROPA DESDE LA REVOLUCIÓN DE JULIO

Situación política. El Occidente constitucional.—El Este absolutista.—Los Estados secundarios.—Las repúblicas. *La lucha de las nacionalidades.*—El Occidente.—La Europa central.—El Este de Europa.

NO se olvide lo que ya dejamos dicho de que es ahora la obra del insigne Jorge Weber, su *Historia contemporánea* la que va á servir de forma y guía á esta parte de la HISTORIA DEL SIGLO XIX, de modo que ya se indicarán las variaciones que se introduzcan, cuando por efecto de las omisiones y modo de ver la historia de Weber convenga rectificar ó llenar un vacío de su gran estudio.

Dividió la Revolución de Julio á los Estados de Europa en dos grupos: el Occidente constitucional bajo la influencia de Francia y de Inglaterra, y el Este absolutista en donde dominaban Austria, Rusia y Prusia. En los pequeños Estados del Centro.—Scandinavia, Alemania é Italia,—la mayor parte del pueblo rendía tributo á los progresos constitucionales y simpatizaba con Inglaterra y Francia; pero los gobiernos, la aristocracia y los funcionarios eran, en general, partidarios del absolutismo, y se inclinaban á Austria y á Rusia; procurando á lo sumo satisfacer las exigencias del pueblo por medio de la introducción de Estados provinciales en los cuales prevalecían los intereses de clase.

La comunidad de tendencias, la sed de preponde-

rancia política y la habilidad diplomática de Talleyrand cimentaron la alianza entre el gobierno de Julio y el régimen de los whigs en Inglaterra; y bien que rozamientos políticos, revelados por la publicidad de la prensa y de los debates parlamentarios, turbasen por momentos la buena inteligencia, el interés recíproco de los dos países y la predilección de Guizot por Inglaterra y de Brougham por Francia, no dejaron que jamás degenerasen los disentimientos en definitiva ruptura.

Cuando los ingleses, en su celo por la supresión de la trata de los negros, formularon la pretensión de visitar todos los buques sospechosos, y concluyeron con las potencias absolutistas la cuádruple alianza para el arreglo de las cuestiones de Oriente, sus procedimientos excitaron los celos y la desconfianza del pueblo francés; cuando el gobierno francés procuró por medio de misioneros católicos, expulsar el protestantismo anglicano de la isla de Otahiti y establecer en ella un protectorado francés; cuando España se hubo unido por un doble matrimonio con la familia de Orleans, Inglaterra se sintió herida en su fe y en su orgullo. Empero estas colisiones no alteraron de una manera durable las buenas relaciones entre las dos potencias constitu-

cionales, cuya alianza encontró su expresión y su punto de apoyo en la *inteligencia cordial* de los dos monarcas, fortalecida por recíprocas visitas.

Un interés análogo reunió á las tres potencias absolutistas del Este, al efecto de mantener la soberanía del derecho divino contra el principio revolucionario de la soberanía del pueblo, de comprimir los esfuerzos de la democracia y de contener las tentativas de conspiración y de revolución, dirigidas por los poloneses emigrados.

El pueblo austriaco, más ávido de goces que de

libertad, soportó con una gran resignación el régimen patriarcal que el príncipe de Metternich había establecido bajo una dinastía bonachona. Austria, excluida de la vida y de la civilización alemanas, y separada, por un riguroso sistema de aislamiento, de la nación con la cual había compartido durante mil años las alegrías y los dolores, Austria, formando un todo contranatura por medio de nacionalidades extranjeras, no notaba que su organización política la empujaba á su ruina.

Prusia parecía olvidar que su fuerza consistía en



Margarita, por CORNELIUS

su popularidad, que Federico II había debido sus victorias á la simpatía de los pueblos, tanto como á la valentía de sus ejércitos. En posesión de la más grande suma de inteligencia, de la mejor organización militar, de una industria floreciente, Prusia, bajo una dinastía gloriosa, hubiera adquirido una influencia preponderante entre los Estados de Europa, si se hubiese unido estrecha y firmemente con el resto de Alemania, si el gobierno hubiese respondido por medio de reformas constitucionales, á las aspiraciones liberales del pueblo, si el rey hubiese procurado apoyarse en la clase media mejor que en un pequeño número de aristócratas, de ortodoxos, de funcionarios y de sabios. Haciendo cuerpo con Alemania, y tomando bajo su protección los pequeños Estados de la Europa central, una Prusia constitucional con la libertad de cultos y la libertad de enseñanza, habría sido la potencia mediadora en-

tre el Este y el Oeste, en tanto que, por su alianza con las potencias absolutistas y por sus esfuerzos por elevarse al rango de grande potencia independiente, no consiguió sino desempeñar un papel subalterno en la política europea.

Rusia, terror de los demócratas, protectora de todos los gobiernos inclinados al absolutismo, fuerte en el interior gracias á su poder autocrático, poderosa en el exterior, gracias á su habilidad diplomática; el emperador Nicolás guiado por el pensamiento de civilizar la nación rusa por sí misma y de engoblar todas las razas sometidas, tanto por lo relativo á la lengua que por lo que toca á la fe, hirió á menudo, con su amor por la uniformidad, los derechos del hombre, la libertad y la nacionalidad. Señor absoluto del Estado y de la Iglesia, dominaba su inmenso imperio por la potencia de su voluntad fuerte y rígida; la rica aristocracia territorial, el cle-

ro ignorante y el pueblo semi-bárbaro del campo, compuesto en gran parte de siervos, estaban bajo la misma sumisión por el terror del despotismo y por la fuerza del sable.

Polonia, borrada del número de las naciones por un acto de violencia de tres potencias absolutistas, es aun con su desmembramiento, un espectro amenazador para los Estados que se han enriquecido con sus despojos.

Desde que el reino de Polonia fué aplastado por los ejércitos rusos, la esperanza de los emigrados se

puso en Cracovia, colocada bajo la protección de los tres Estados vecinos; esta república, con sus recuerdos nacionales, sus tumbas de los antiguos reyes de Polonia, se levantaba como una columna aislada en medio de las ruinas, y ejercía una poderosa atracción en los refugiados.

Así la emigración polonesa hizo varias tentativas para apoderarse de la ciudad y servirse de ella como de centro de una revolución para la resurrección del reino de Polonia.

La primera empresa de esta naturaleza,—1836,—



Los barqueros, por SCHINKEL

tuvo por consecuencia una ocupación provisional de la república por las potencias protectoras; mas cuando diez años más tarde,—1846,—una nueva tentativa dió por resultado que la ciudad cayera bajo un gobierno revolucionario, á la sofocación del temerario levantamiento, siguió la incorporación de la república á la monarquía austriaca. La tibia protesta de Inglaterra y de Francia contra la violencia de los tratados de Viena, quedó sin resultado.

Por la misma época, la tentativa hecha por la propaganda polonesa para arrancar la Galitzia á Austria, se estrelló contra el odio que los campesinos habían consagrado á los señores territoriales. En vez de responder al llamamiento de la nobleza, los siervos armados de hoces y de guadañas, cayeron sobre sus antiguos opresores y los asesinaron en masa.

Una vasta conspiración movida en Posen,—1847,—fué ahogada en flor, á causa de una traición, por la vigilancia y la energía del gobierno prusiano: los procesos gigantescos que se juzgaron en Berlín pu-

sieron de manifiesto los manejos de los emigrados poloneses, su acendrado patriotismo, pero también las ilusiones sin límites y los principios jesuíticos y maquiavélicos de sus jefes. Las jóvenes generaciones se han llevado á la emigración, como una herencia de la antigua Polonia, el ardiente amor de independencia, de presunción y de desunión.

Los Estados secundarios han ejercido poca influencia en la marcha exterior de la historia de los pueblos modernos. Alemania, privada de una gran vida pública común, sin guerras y sin política exteriores, vió limitada su actividad al campo de la religión y de la literatura, en donde se señaló por sus grandes esfuerzos.

España y Portugal desgarradas por guerras civiles y luchas constitucionales, quedaron bajo la influencia de Francia y de Inglaterra, lo mismo que Bélgica que, solicita en proteger sus libertades democráticas contra la teocracia, hizo florecer el arte y la industria bajo su rey constitucional, de origen

extranjero; mientras que Holanda, rudamente castigada por la carestía financiera, vió como su rey Guillermo I de la casa de Orange, se llevaba sus millones al extranjero, al abdicar en favor de su hijo, de su mismo nombre.

Las cortes escandinavas de Stockolm y de Copenhague, aliadas de Rusia, pero paralizadas en el ejercicio de su soberanía, ora por las antiguas libertades y los derechos de sus pueblos, ora por la inseguridad de la sucesión al trono, no intervinieron activamente en la política general.

En Italia las esperanzas que la revolución de Julio había hecho nacer entre los patriotas, cayeron muy pronto. Los levantamientos de Bolonia, de Módena y Parma fueron reprimidos prontamente por Austria, y los soberanos expulsados de las dos últimas ciudades, recobraron su autoridad.

Pero las representaciones dirigidas por las potencias europeas al gobierno de Gregorio XVI para comprometerle á la pacificación del pueblo por medio de oportunas reformas, no fueron tomadas en consideración, por lo cual, los habitantes de las Legaciones, llevadas á la desesperación por la dominación clerical, tomaron de nuevo las armas. Las tropas papales que marcharon contra ellos compuestas en parte de bandidos y de malhechores que saqueaban las localidades pacíficas, obligaron á las tropas austriacas á proteger el propio gobierno papal contra los excesos de sus soldados.

Francia para no dejar que Austria dominara sola en Italia, envió una expedición á Ancona de la cual se apoderó por un golpe de mano en la noche del 23 de Febrero de 1832. Protestó la corte de Roma contra esta violación del derecho de gentes, puso en interdicto la ciudad de Ancona, pero acabó por ceder á la necesidad. Francia apoyada en antiguos recuerdos, é Inglaterra en busca de su rico mercado para sus mercancías, no perdieron á Italia de vista; pero la vecindad y la preponderancia de Austria, los ejércitos de mercenarios suizos de Roma y Nápoles, y la predilección de los príncipes indígenas por el despotismo militar, contrabalancearon su influencia é hicieron abortar todos los levantamientos y todas las tentativas de reformas.

Una invasión en Saboya emprendida desde Suiza por una tropa de refugiados de diferentes naciones; la mayor parte poloneses y alemanes, bajo el mando del general polonés Ramorino,—1833,—y con el intento de derribar el trono de Cerdeña, y de concierto con «la Joven Italia» propagar la revolución en todo el país, tuvo un éxito deplorable. Ramorino, hijo de Génova en donde nació en 1793, rechazado

como á traidor por su propio partido, llevó una vida aventurera, y quince años más tarde, encontró un trágico fin en Italia.

El reino de Grecia, desgraciada creación de la diplomacia europea, no pudo elevarse á la altura de un Estado civilizado de los cuales había aceptado las formas, mientras á la vez se cuadraba contra la barbarie y el brigandaje de los tiempos pasados. Atenas con sus grandes recuerdos y sus gloriosas ruinas, fué elegida para centro del nuevo reino; la cultura alemana fué llamada al objeto de devolver la civilización á su antiguo centro. Pero el pueblo devorado de envidia contra los extranjeros que ocupaban los empleos civiles y militares, se levantó contra ellos y los expulsó, á consecuencia de una nueva revolución, en nombre de la libertad nacional,—1843: á pesar de su organización constitucional, su libertad religiosa y sus otras conquistas de un pueblo libre, el pequeño Estado, sometido ora á la influencia de Inglaterra, ora á la de Francia, de Rusia ó de la Puerta, no consiguió tomar una posición independiente, propia para inspirar respeto.

Mas enervado que civilizado el imperio otomano por la introducción de las instituciones europeas, va constantemente delante de su ruina, de la que se ha preservado solo hasta el presente por los celos de las potencias.

Suiza, la antigua república, de forma federativa con una grande independencia en los diferentes cantones, se resintió profundamente por la revolución de Julio; en la mayor parte de los cantones, los gobiernos y las constituciones aristocráticas fueron reemplazadas por un régimen democrático. También fué objeto de muchas agresiones por parte del exterior; la presencia de los refugiados políticos, de los obreros y de los compañeros nómadas, le valieron un gran número de notas y de amenazas por parte de las naciones vecinas, porque la dieta no impedía los manejos políticos de sus protegidos y veía con ojo indiferente los abusos que hacían del derecho de asilo para hacer del país «un foco de propaganda.»

La libre América del Norte, la esperanza y refugio de los demócratas y de los liberales perseguidos, el lugar de emigración de los oprimidos, tomó un poderoso vuelo material bajo su régimen de libertad política y religiosa. Concentrado el poder gubernamental en las manos de un presidente elegido cada cuatro años por el pueblo entero, y dividido el poder legislativo entre una cámara de representantes y un senado, dirigen sobre todo su actividad á la prosperidad exterior de la joven re-

pública, al comercio, á la industria, á la facilidad de las comunicaciones por los caminos de hierro y los canales, á la extensión del Estado por las conquistas ó adquisiciones pacíficas, hacia la organización del ejército compuesto por tropas reclutadas y por milicias, y á la justicia. Para los asuntos morales, la religión, la instrucción, y sus propagadores, las iglesias y las escuelas, se entregan á las luces y á la buena voluntad de los municipios. Todas las religiones, las sectas y las creencias, desde la ortodoxia la más estricta hasta el más vasto racionalismo, encuentran su expresión, sus partidarios y sus comunidades. Pero, por sincera que sea en general la piedad de ese pueblo, la civilización cristiana no ha llegado aún á destruir el egoísmo más abyecto, á vencer la inepta tiranía de la aristocracia del dinero y á abolir, por ese tiempo, la esclavitud en todos los Estados. La instrucción popular, aunque en su infancia, se difundía cada día más. Para el comercio y la navegación, América rivaliza con Inglaterra, á quien debe el núcleo de su población y contra la cual alimenta todavía viejos celos nacionales los cuales despertaron en 1845 en ocasión de la querrela por la posesión del territorio del Oregón.

Cuando el Congreso concluyó con Tejas, que antes dependía de Méjico, un tratado en vista del cual ese estado esclavista quedó incorporado á los Estados Unidos, la república americana del Norte tuvo que sostener contra la república de Méjico, desgarrada por los partidos y las luchas intestinas, una guerra sangrienta que terminó con el asalto y toma de Méjico, y con un importante engrandecimiento territorial de la Unión, por el lado del Oeste.

Los antiguos Estados españoles de la América del Norte que compartían la atonía, los desgarramientos y las revueltas de la madre patria, parecían destinados á ser poco á poco, la presa de la república anglo-americana. La Florida, Texas y la California con sus yacimientos auríferos recientemente descubiertos, son ya conquistados; el Yucatán con sus bosques de caoba y de campeche, levantado de antiguo contra Méjico y constantemente amenazado por los filibusteros, difícilmente logrará mantener su independencia: y la anarquía que reina en las repúblicas sud-americanas, las guerras civiles continuas que turban los goces de una libertad arreglada y de un orden asegurado, prueban la incapacidad de la raza española, á gobernarse por sí misma bajo la forma republicana.

Cualquiera que sea la forma de gobierno de un Estado, autoridad alguna puede sustraerse á la nueva potencia que ha entrado en el mundo después de

la Revolución y que cada día crece con la civilización y la literatura periódica: esta potencia es la opinión pública que reclama la libertad política con el reconocimiento de las nacionalidades, la igualdad de todos los ciudadanos delante de la ley, la participación del pueblo en la vida política por medio de un régimen parlamentario, y el respeto de la libertad individual en el campo de las creencias, de la ciencia y de la industria.

En otro tiempo la política no había tenido en cuenta más que los territorios y las aglomeraciones, no había tenido presente, en los tratados de paz, más que la situación y las fronteras geográficas, sin preocuparse de la raza, de la lengua, ni del carácter nacional. En el período moderno los pueblos se preocuparon de la separación de los elementos heterogéneos, de la independencia de las nacionalidades bajo una administración propia, del respeto y de la cultura de las lenguas madres. La tendencia cada día mayor por parte de los gobiernos, á operar una fusión entre los habitantes de los territorios conquistados y la raza dominante, y á formar á la larga un todo homogéneo, por la supresión progresiva de la lengua y de las costumbres de los vencidos, de sus instituciones y de sus particularidades nacionales, engendró en los oprimidos un espíritu de resistencia y un deseo no sólo de conservar sino de hacer reconocer y prevalecer esos elementos de la nacionalidad que tenían de sus padres. De esta suerte despertó el sistema de asimilación de los gobiernos, el particularismo de los pueblos dominados, las simpatías y las antipatías nacionales, de donde salieron luchas no menos ardientes que las antiguas guerras de religión.

Sólo Francia vióse exceptuada, tanto porque la grande revolución había ahogado el particularismo en la sangre, cuanto porque es una nación en la cual el patriotismo y el sentido político hacen descansar la grandeza del Estado en la unidad de la centralización, cuanto porque la población alemana de Alsacia y Lorena, soportaba sin impaciencia el régimen de uniformidad del gobierno francés.

Expúsose el sentimiento nacional con tanta más energía en Bélgica cuanto que consiguió la separación con Holanda; pero luego se sirvió de la lengua y de la literatura flamenca para oponer un dique á la invasión de la lengua francesa.

En la Gran Bretaña, en donde se encuentran confundidas varias naciones, el espíritu céltico de la Irlanda católica lucha sólo contra el germanismo protestante de los «sajones;» en el país de Gales y en Escocia la antigua lengua popular, gaélica, no es más